

FRANCISCO GUERRERO

RUBEN DARIO Y SU TRAYECTORIA ESTILISTICA

---

NINGÚN escritor hispanoamericano ha originado una bibliografía tan abundante y acuciosa como Rubén Darío. Constituye todo un arsenal biográfico, de crítica y de exégesis. Hace sí falta en él una perspectiva integralmente simplificada de la evolución de su estilo.

Nuestro propósito —sin pretensión de aportar novedades— es señalar, o acentuarlos más, algunos aspectos y factores concurrentes en su proceso que creemos necesarios para explicarse la trayectoria estilística del inmortal poeta nicaragüense, en la que se suceden y a veces se cruzan o mezclan modas literarias y elementos varios, de ambientes y escuelas diferentes.

Por razones cronológicas, nos ceñiremos a una línea que comience en lo puramente instintivo del poeta, siga su etapa de transición clásico-romántica, para tomar finalmente la dirección de orientación exclusivamente francesa que desemboca en el modernismo.

*El poeta instintivo*

El precoz niño de la casa de los Darío, en la ciudad de León, de Nicaragua, llamaba la atención con sus versos que le daban cierta nombradía local y departamental. Los componía —sus conocimientos intelectuales eran incipientes— al modo de los primitivos juglares de nuestra lengua, sin más guía que su prodigioso don natural. Iban de boca en boca o eran recitados en tertulias familiares por su pequeño autor. Contaba trece años cuando empezaron a publicarse en diarios de la localidad o en revistas de muy limitada circulación y duración.

Esta literatura primaria, sin estudios especiales de formas y estilos, se prodiga más adelante en álbumes y abanicos, principalmente escrita en décimas y redondillas, que en su ingenuidad descubrían el ingenio y la inspiración de un verdadero poeta.

Conservamos en la memoria —y todavía inédita— una muestra de la poesía instintiva de nuestro bisoño poeta, un brindis leído en el Consulado francés, de Managua, en una fiesta conmemorativa de la toma de la Bastilla:

Surgió la Revolución  
con ímpetu y arrogancia,  
tremolando sobre Francia  
su victorioso pendón;  
y al poder de su expansión,  
pura, sacrosanta, e ilesa,  
alzóse el alma francesa  
y prendió llama sobre el mundo  
entonando la Marsellesa.  
Por ti, bizarra juventud,  
por los libres y sus fueros,  
por vosotros, caballeros,  
y por la Francia ¡salud!

*Su formación clásica*

En la capital, Rubén Darío tomó contacto con valiosos hombres de letras. Conoció al brillante orador cubano Antonio Zambrana, que fue para él como verdadero padre intelectual, y a un anciano poeta, Antonio Aragón, docto en letras universales, conocedor de los maestros griegos y latinos, de quien aprendió mucho y fue su conductor en las lecturas. Aragón era, en Managua, Director de la Biblioteca Nacional en la que Rubén desempeñaba un cargo subalterno.

Adquirió allí cultura clásica en los escritores españoles del siglo de oro. Pudo apreciar el arte estructural y refinado de Góngora, el estilo de Gracián y el casticismo de Quevedo, maestros que se entrañaron fuertemente en su espíritu. Muy acertadamente afirmaba Paul Groussac que Darío fue siempre un clásico.

Por este tiempo nuestro poeta viajó a San Salvador, donde se iba a rendir un homenaje oficial al centenario del nacimiento de Bolívar. Con este motivo, anota: "escribí una oda, bella, clásica".

sica, correcta, muy distinta naturalmente de toda mi producción en tiempos posteriores”.

Su mejor amigo en la capital salvadoreña fue el entonces joven poeta Francisco Gavidia, quien llegó a ser, andando el tiempo, versado humanista y una de las figuras señeras de la intelectualidad centroamericana. Ambos jóvenes escritores se reunían con frecuencia y se dedicaban a leer en voz alta *La leyenda de los siglos*, de Víctor Hugo, “y de la lectura de los alejandrinos del gran francés —confiesa Darío— surgió en mí la idea de renovación métrica que debía cumplir y realizar más tarde” (Autobiografía).

Será preciso reconocer y acentuar enfáticamente lo que el poeta nicaragüense debe al maestro salvadoreño. Con Gavidia se familiarizó con el metro de catorce sílabas a la manera huguesa, lo que lo llevó a remozar el antiguo alejandrino castellano, y es de justicia consignar el nombre de Francisco Gavidia en la página de los innovadores de nuestra métrica, característica del modernismo.

Dos años después, Darío da a la stampa en su patria un tomo de poesías: *Primeras Notas* (Tipografía Nacional - Managua), edición inexistente hoy, pero que ha sido reimpresa por varias editoriales bajo el título de *Epístolas y Poemas*.

No faltan dudas sobre la edición de 1885 de las *Primeras Notas*, las que se desvanecen con la alusión que el mismo autor hace del libro en su *Autobiografía*.

Cabe recordar, además, que, al poco tiempo después, otro brillante lírico, Santiago Argüello, conterráneo de Rubén, inicia sus obras poéticas con la que lleva el título imitado de *Primeras Ráfagas*.

En las *Primeras Notas* el estilo de Darío es de un clasicismo, si no puro, al menos, predominante. Son poemas sujetos en su forma al *clisé* retórico, algunos con claras resonancias románicas.

Leyendo su contenido, anotamos que en el poema “Víctor Hugo y la tumba”, se ensaya por primera vez en idioma castellano el alejandrino de contextura francesa (Rubén da por seguro que Gavidia se le anticipó en el uso de este metro), y en “El Arte”, observamos el vuelo de la fantasía por aprisionar metáforas dinámicas y eficaces. Las flores se convierten en aves que aroman, y las aves que el clásico compara con “flor de plumas o ramillete con alas”, son aquí “flores que trinan”. Símbolos, los de Rubén, que no habría desdeñado el insigne Góngora.

*Transición romántica*

No habría podido Rubén Darío, en los comienzos de su carrera, substraerse a la influencia de la atmósfera densa de romanticismo que lo rodeaba. Se admiraba universalmente a Hugo; Zorrilla gustaba por la fluidez del verso y su estilo decorativo, y Núñez de Arce por lo bien cincelado de sus estrofas. En estos años se radicaba en Honduras José Joaquín Palma, "el cantor proscrito de Cuba", una de las admiraciones del maestro de *Azul* en sus "medallones", donde le da el relieve de un artista que

"Ya de un corintio templo cincela una metopa,  
ya de un morisco alcázar el capitel sutil".

Gavidia cuenta que al tratar a Rubén en la intimidad encontró en él a un gran palmino y a un gran becqueriano.

Es lógico que al llegar a Chile y escribir las *Rimas* (1887), que presentó al Certamen Varela, sumergiera su pluma en el lirismo de Becquer y suavizara el tono melódico. No logró el galardón deseado, pero fue esta colección su mejor cosecha en el agro del romanticismo.

En los *Abrojos* (1887) dejó jugar su musa, con un poco de ironía, por entre las humoradas y las doloras. Seguramente Campoamor habría saboreado en su copa "la lágrima y el vino".

*El innovador*

Es un hecho ya histórico que el movimiento de renovación modernista de las letras hispanas fue iniciado prácticamente en Chile por Rubén Darío y que tiene sus raíces en Francia, donde se nutrió con las esencias de su espíritu y de su literatura.

Reconoce Darío que "su penetración en el arte verbal francés no habría comenzado en tierra chilena". Ya hemos comprobado que con el maestro Gavidia exploró por primera vez "la inmensa selva de Hugo".

Al salir de su pequeño país centroamericano, en busca de superiores ambientes de cultura, ya venía provisto de lecturas clásicas y modernas, muy bien escogidas. No le era desconocido el movimiento literario que en Francia había desplazado al Romanticismo. En una de sus crónicas políticas recuerda que un cultísimo escritor, Ricardo Contreras, a quien dirigió una de las epístolas de *Primeras Notas*, y que llegaba de París, "habíamos

traído las buenas nuevas predicándonos el evangelio de las letras francesas”.

El francés que poseía desde la salida de su patria, era lo suficiente como para traducir al español nada menos que a Catulle Méndes. Hoy sabemos que en el periódico “El Porvenir de Nicaragua”, fechado en septiembre de 1885, se publicó una traducción que había hecho del cuento de hadas “La llama azul”, del fino escritor francés.

En 1886, Rubén Darío residía ya en Valparaíso. En Chile se relacionó con un grupo de jóvenes literatos, pero fue su amistad con Pedro Balmaceda Toro la más cordial y decisiva para la producción literaria del peregrino poeta de Nicaragua.

Balmaceda sabía y hablaba correctamente el francés. Era un prosador de artístico y ágil estilo, en el que se advertían asimilaciones francesas. Ambos amigos y compañeros de labores periodísticas leían juntos, directamente, a los poetas y prosistas más famosos de París: Gautier, Flaubert, Copé, Armand Silvestre, Catulle Méndes y otros más. Captaron el espíritu de sus obras y los secretos de su estilo. A estos escritores debió Darío la adquisición de una nueva y deslumbrante concepción del estilo. Tal es *Azul* (1888).

“El origen de la novedad en los cuentos y poesías de *Azul*, fue mi reciente conocimiento de los autores franceses del Parnaso” (Historia de mis libros: R. D.). “Ha sido deliberadamente —explica— que con el deseo de rejuvenecer y flexibilizar el idioma, he empleado maneras y construcciones de otras lenguas, giros y vocablos exóticos y no propiamente españoles”.

Las novedades más importantes de *Azul*, en cuanto a métrica, las constituyen el soneto de versos de dieciséis sílabas titulado “Venus” y el soneto “Caupolicán”, de metro alejandrino, forma que por su gallardía cuenta con numerosos cultores entre los sonetistas contemporáneos.

Posteriormente la modernización del estilo y del lenguaje poético en nuestra literatura iba a completar su proceso en Buenos Aires.

Llegó Rubén a la capital argentina después de un viaje por Europa. Venía de París, de las fuentes mismas del modernismo. Había entrevistado a los “raros” de la villa luminosa y traía en su interior a Verlaine, “padre y maestro mágico” de las *Fiestas galantes*, quien había proclamado para el arte poético, “la música ante todo”, principio que bien venía a un poeta de expresión sinfónica como Darío.

En Buenos Aires compuso los poemas de *Prosas Profanas* (1896), libro que significa la culminación de la nueva tendencia, la plenitud del modernismo. El estilo de estas "prosas" es musical, refinado, aristocrático; de extraordinaria riqueza verbal; abundante de exotismos y versallerías. El pensamiento poético se reviste de expresiones simbolistas.

Rompe Darío resueltamente con la métrica ortodoxa, de los acentos y las cláusulas. Ha logrado flexibilizar más el alejandrino a la francesa, como en "Sonatina"; moldear el dodecasílabo con cadencias desconocidas suprimiéndole los acentos fijos:

"Era un aire suave de pausados giros"

O bien:

"Sangre de Abel. Clarín de las batallas"

y ha variado el ritmo del endecasílabo todo lo que le fue posible.

En "El País del Sol" ensaya maravillosamente la prosa rítmica, y en "Heraldos" aplica y demuestra, cosa nunca hecha en poesía española, lo que llama "la teoría de la melodía interior", la que no depende del verso que propiamente no existe, sino del color y sonido que suscitan las vocales y de lo que sugiere el juego de las sílabas. Veamos en "Heraldos" a las mujeres legendarias:

¡Ifigenia, Electra, Catalina!  
anúncialas un caballero con un hacha . . .

A las bíblicas:

¡Ruth, Lía, Eunone!  
anúncialas un paje con un lirio.

"Si *Azul* . . . —escribe el padre del modernismo— simboliza el comienzo de mi primavera, y *Prosas Profanas* mi primavera plena, *Cantos de vida y esperanza* encierra las esencias y savias de mi otoño".

En este poemario trasciende la filosofía del hombre. La vida le ha enseñado que:

"La virtud está en ser tranquilo y fuerte". He ahí la razón de su pensamiento y del estilo que en los *Cantos* nos muestra.

Más que las influencias de afuera, entran en juego la reflexión y las vivencias propias del poeta.

El estilo se equilibra mejor entre las dos tendencias de origen: la simbolista y la parnasiana. Fluye con más llaneza, menos suntuoso; vigoroso y enérgico en aquellas odas interpretativas de los ideales políticos del Continente y de la raza: "A Roosevelt" y "La salutación del optimista", dan ejemplos. Para la segunda eligió como instrumento el exámetro greco-latino, adaptándolo con admirable maestría al pensamiento poético de lengua española:

"Inclitas razas ubérrimas. Sangre de Hispania fecunda".

*Cantos de vida y esperanza* es, de los libros de Rubén Darío, el más profundamente humano e inquietante. A pesar de su religiosidad, el poeta ha caído en la duda metafísica, en la incertidumbre del más allá y con estilo de bellísima simplicidad exclama:

"¡Y no saber adónde vamos,  
ni de dónde venimos...!"